

Los que decíamos su nombre...

Norge Espinosa Mendoza

LOS QUE DECÍAMOS SU NOMBRE CON EL PRIVILEGIO DE SU AMISTAD O DE saberlo imprescindible, en 1999, pudimos sumar a esa primera alegría la del reconocimiento de todo el país. Ramiro Guerra, fundador de la danza moderna en Cuba, fue galardonado con el Premio Nacional que honra a quienes, desde esta manifestación, han logrado alzar un modo cada vez más preciso de lo que es el baile como extensión e integralidad de nuestra cultura. Entonces, los que poco sabían de él, acaso empezaron a escuchar anécdotas, a ver imágenes, a palpar la leyenda que corona piezas como *Mulato*, *Mambí*, *Suite Yoruba*, *Medea y los negreros*, *Orfeo antillano*; o el tremendo *Decálogo del Apocalipsis*, que costó al alumno de Martha Graham, Nina Verchínina y Elena Noriega la expulsión del Conjunto Nacional de Danza Moderna, colectivo al que supo levantar con el rigor y la creatividad que hoy nos deja poner el nombre de este bailarín, coreógrafo y pedagogo junto a los que, en este mundo convulso, modelaron el perfil del arte contemporáneo. Ya se sabe, de haberse estrenado esa obra en aquel 1971, acaso no hubiéramos demorado tanto en discutir acerca de la danza-teatro en esta Isla que se apresura en borrar esa década fatídica, para suerte de los que van llegando armados de la imprescindible curiosidad de saber a quiénes es preciso respetar. Afortunadamente, el tiempo que vivió Ramiro separado del medio escénico no fue pretexto para detener su obra. Recluido en su apartamento del edificio López Serrano, en el Vedado, se dispuso a escribir, y a esa dedicación se debe, por ejemplo, el magnífico *Calibán danzante*, que apareció en 1998 en Venezuela, gracias al sello Monte Ávila, y que esperó mucho tiempo para contar con una postergada edición cubana. Libros, los que ha escrito, como *Teatralización del folklore y otros ensayos* (1989), *Coordenadas danzarias: aproximaciones a la teoría de la danza* (1999) y *Eros baila: danza y sexualidad* (2000), imprescindibles, en tanto que aportan una sólida visión acerca de la historia y la teoría de la danza, materias tan poco difundidas en nuestro país y, a decir verdad, en buena parte de este continente. El aporte de Ramiro Guerra como autor de obras danzarias y textos puede medirse, ahora mismo, en las piezas que tantos jóvenes coreógrafos nos presentan, deudas de sus experimentaciones, del afán indetenible de riesgo que permea toda su trayectoria. Forma parte del legado de este creador, cuyo nombre resuena en el baile infinito que va cubriendo la Isla misma.